

IICA  
A00  
73

Centro Interamericano de Documentación  
e Información Agrícola  
2 JUNI 1978  
IICA-CIDIA



**Discursos pronunciados  
en la ceremonia de despedida del IICA,  
de los Ings. Carlos Madrid y Ubaldo García**

San José, Costa Rica, 29 de junio de 1978

IICA  
A00  
73

00008165



INSTITUTO INTERAMERICANO DE CIENCIAS AGRICOLAS  
Calle de la Universidad, San José, Costa Rica

29 JUN 1978

IICA—

***Discursos pronunciados  
en la ceremonia de despedida del IICA,  
de los Ings. Carlos Madrid y Ubalde García***

San José, Costa Rica, 29 de junio de 1978

003288

## CONTENIDO

	<b>Página</b>
<b>Introducción</b> . . . . .	<b>5</b>
<b>Discurso del Lic. Hugo Fernández, despidiendo al Ing. Ubaldo García</b> . . . . .	<b>7</b>
<b>Palabras de despedida del IICA, del Ing. Ubaldo García</b> . . . . .	<b>11</b>
<b>Palabras del Sr. Rogelio Coto, como despedida al Ing. Carlos Madrid</b> . . . . .	<b>17</b>
<b>Palabras de despedida del IICA, del Ing. Carlos Madrid</b> . . . . .	<b>21</b>



## INTRODUCCION

*También en la vida de las instituciones hay momentos tristes. Particularmente, cuando tenemos que despedir a amigos y colaboradores con los que hemos convivido día a día, en esta singular tarea de cooperar con los países para su desarrollo rural.*

*Nos ha tocado en el IICA, despedir en esta oportunidad a dos grandes amigos y magníficos funcionarios: uno de ellos, Carlos Madrid, con casi 27 años de servicios ininterrumpidos, ocupando las más altas posiciones institucionales (inclusive la de Director General Encargado en varias oportunidades) y, el otro, Ubaldo García, quien aun cuando solamente estuvo con nosotros por un período de 6 años, fue uno de esos hombres que con su experiencia y dinamismo contribuyeron sustancialmente a hacer del IICA lo que es hoy día: la primera institución regional de cooperación técnica, en el sector agrícola, en América.*

*No les decimos adiós. Simplemente les decimos un cordial "hasta luego". Esto porque quienes como ellos dedican su vida al servicio de los demás, nunca se alejan definitivamente y*

*sus enseñanzas y capacidades están siempre presentes en el corazón de los que quedamos todavía en la lucha.*

*En donde estén deberán recordar que siempre estaremos pendientes de sus actividades y que en el IICA encontrarán cabida sus ideas y sugerencias.*

*Desde esta tierra amable y acogedora de Costa Rica y desde cada uno de los países de América en donde haya una Oficina de nuestra Institución, serán ustedes recordados y siempre bienvenidos.*

*Muchas gracias Carlos; muchas gracias Ubaldo!*



**José Emilio G. Araujo**  
**Director General**



## DISCURSO DEL LIC. HUGO FERNANDEZ, DESPIDIENDO AL ING. UBALDO GARCIA

Hoy rendimos en el IICA un sencillo reconocimiento a Pastora y Ubaldo García. Es un reconocimiento para ambos, y no sólo para Ubaldo, por razones que todos conocemos y que él no nos permite olvidar. Ubaldo no permite que olvidemos, por ejemplo, que habiendo nacido en la pequeña y escondida ciudad de Buenos Aires, fue Pastora quien lo introdujo al gran mundo, a la alta sociedad y al “Jet-Set”, bajos las luces rutilantes de la urbe internacional de Santiago del Estero, ágil, eléctrica, bulliciosa, dinámica.

Ubaldo nos ha hecho vivir a todos, en uno u otro momento de los últimos seis años, la magia de ese encuentro de un muchacho provinciano con Pastora en la gran ciudad; del casamiento al que no se le ocurrió llegar en automóvil sino que —siguiendo costumbres inveteradas de su pueblo natal— llegó en tractor, ante los ojos asombrados de la familia de la novia, que recién entonces comenzó a darse cuenta del nuevo hijo que se les venía. Pero Ubaldo aprendió rápidamente, y más rápido aún comenzó a acomodarse a las nuevas circunstancias. Por lo pronto, entendió que no podría alejar a Pastora del mundo cosmopolita al que estaba acostumbrada. Así, decidió pasar los primeros años en grandes capitales europeizantes como La Banda y Añatuya, en Santiago del Estero, entre música y galas. Allí fue donde Ubaldo adquirió la pátina de sofisticación por la que todos lo apreciamos: su oído musical y su afición por el canto, el baile de salón, la conversación intrascendente y el “savoir faire”. Estas virtudes nunca lo abandonaron.

Después de algunos años de trabajo frenético en La Banda y Añatuya, tuvieron que regresar a la vida lenta y al ritmo

letárgico de Buenos Aires, y allí al INTA. Desgraciadamente, y a causa de la natural reticencia que siempre ha mostrado Ubaldo en relación con este tema, nunca —o casi nunca— nos ha hablado de él. Nada sabemos del INTA. Cada vez que siente la tentación de contarnos algo, y estoy seguro que ustedes saben de esto, recurre a un extraño rito (seguramente propio de su pueblo de origen) y saca de su bolsillo una libretita que tiene, en la contratapa, una foto de Pastora con ceño adusto y gesto admonitivo. Algunas veces, sin embargo (aunque sólo unas pocas) logra superar esta curiosa inhibición y nos cuenta con modestia algunas de las grandes cosas que hizo allí.

Compañeros:

Aparte de las virtudes que acabamos de enumerar, Ubaldo tiene otras, que quiero compartir hoy con ustedes, porque han significado para todos nosotros un aprendizaje conjunto y permanente durante los últimos años.

Una virtud fundamental de Ubaldo es su fe en las instituciones como espina dorsal de la vida de los países. Esta convicción profunda de nuestro compañero de trabajo mucho hace por permitirnos a todos la superación inteligente de nacionalismos intrascendentes y orgullos pueriles e irreflexivos de país. A todos nos entrega siempre la idea de que los grandes países no los construyen ni la riqueza, ni la extensión, ni los hombres, sueltos y de a uno. Más bien, una de las cosas más importantes que aprendemos con él, es que la grandeza de los países sólo se entiende y se construye a través de la grandeza

de sus instituciones, sobre todo de aquéllas que trascienden al tiempo y conducen el curso de la historia.

Por este motivo Ubaldo y Pastora viven intensamente a Costa Rica. Por ello entienden y comparten al país y su gente, los valores democráticos de su cultura y la empresa nacional de construir instituciones grandes y ejemplares. Han logrado superar la indiferencia tan frecuente de muchos funcionarios internacionales viviendo de lleno, con curiosidad y frescura, y con una inmensa solidaridad, los desastres y las alegrías, las elecciones, los problemas y los triunfos del país, sus paisajes, y su búsqueda fecunda y generosa de un futuro mejor para todos, comprendiendo el desafío de la riqueza que se basa en el trabajo del hombre y no en el regalo mineral de la naturaleza, causal y caprichoso en la selección de su geografía. Es así que Pastora y Ubaldo han sido ticos de verdad por seis años, admiradores y defensores del país y de su gente.

Pero esto no ha significado que Ubaldo y Pastora hayan perdido un átomo de su ser argentino. Y esta es otra de las virtudes que admiramos: la capacidad delicada de estos compañeros para construir un equilibrio de afectos e intereses sin que sufra por ello su lealtad hacia la gente y hacia las cosas importantes. Es virtud innegable el que hayan logrado esa incontenible ubicuidad de afectos, sin que un nuevo amigo —o un nuevo país— signifiquen olvido de lo de siempre, desplazamiento del cariño o enfriamiento de la amistad.

Todo esto sólo se puede construir sobre la base de pilares sólidos de tolerancia y conocimiento de la gente. A todos, en uno u otro momento, Ubaldo nos ha rezongado por dejar de ser amigos de un compañero porque piense distinto que nosotros, o crea en cosas en que no podemos creer. Y pone a la amistad una sola exigencia: el que cada uno sea lo que él llama

un hombre auténtico. Y hombre auténtico para Ubaldo y Pastora es aquél que actúa de acuerdo a lo que cree, aunque eso lo transforme en un “raro” para los demás; aquél que defiende con vehemencia y hasta el final las ideas que lo han convencido, aunque por defenderlas ponga en peligro la estabilidad de su vida y el bienestar de su familia.

Y por sobre todas las cosas, para estos compañeros es auténtico aquél que lucha siempre por las cosas en las que cree, el que ignora lo intrascendente y concentra su vida en lo que vale la pena. En su propia definición, Ubaldo García es un hombre auténtico que se adueña de la amistad de todos. En las palabras de Berthold Brecht, hoy muy conocidas pero poco comprendidas, en la relación del hombre con su mundo:

“Hay hombres que luchan un día y son buenos.  
Hay otros que luchan un año y son muy buenos  
Hay hombres que luchan muchos años, y son mejores.  
Pero hay hombres que luchan toda la vida.  
Esos son los imprescindibles”.

Esa virtud de Ubaldo y Pastora tiene además la rara cualidad de ser contagiosa. Nadie puede trabajar con Ubaldo sin compartir con él autenticidad y compromiso. Y por eso no sólo es mejor y más comprometido nuestro trabajo cada día que lo hacemos con él, sino que en saltos inexplicables, que van más allá del tiempo y del espacio, aprendemos también a entender y querer más a nuestra familia, a comprender el valor de la sencillez en la vida y el compañerismo profundo con los nuestros.

Pero éstas —y otras que cada uno de nosotros reserva en el juicio más íntimo— son virtudes trascendentes, que entienden todos los hombres. La autenticidad, y la búsqueda de la

verdad las comprendemos todos y las admiramos sin restricciones. No puedo, sin embargo, dejar de hablar de la autenticidad y la verdad que son de Ubaldo, porque junto con otros compañeros las comparto a partir de su enseñanza, y constituyen hoy el motivo de nuestro compromiso con el trabajo y con la institución.

Ubaldo vive a fondo los fundamentos del trabajo del IICA y cree que el desarrollo es del hombre y para el hombre. No necesitamos repetir estos fundamentos hoy, salvo al destacar que —para Ubaldo— sólo se pueden mantener cuando estamos convencidos de que el destino de las naciones estará asociado siempre al destino del marginado, del asalariado rural, del trabajador postergado del campo, sobre cuyo esfuerzo casi nunca reconocido se ha construido la riqueza material y espiritual de nuestros países. Su invocación permanente es siempre al realismo, a que no nos dejemos deslumbrar por los inventos, por las máquinas, o por el espejismo de cualquier empresa grande, sino que busquemos cada vez quién las hace funcionar y quién se queda con su producto.

Es muy fuerte la tentación de prometerle hoy a Ubaldo y Pastora nuestra fidelidad a la enseñanza que han dejado y a las ideas que juntos hemos desarrollado. Tan grande, quizás, como a la que en aquella tarde griega cedieron los discípulos de Gorgias, el gran filósofo:

“Maestro (le decían) nunca podrá haber olvidado en nosotros, para tí ni para tu doctrina (. . .) jurémosle ser fieles a lo que esté virtualmente contenido en cada una de sus

palabras; fieles ante los hombres y en la intimidad de nuestras conciencias”.

Hace ya tiempo, sin embargo, el escritor uruguayo José Enrique Rodó exploró la esencia de las virtudes que admiramos, al poner en boca de Gorgias y sus discípulos la única respuesta posible a esa promesa.

Leucipo, compañero del filósofo, y a instancias suyas levantó su copa y dijo:

“Será, pues, por quien desde ahora nos dé la verdad, la luz, el camino; por quien desvanezca las dudas que dejas en la sombra; por quien ponga el pie adelante de tu última huella, y la frente aún más en lo claro y espacioso que tú; por tus discípulos, si alcanzamos a tanto, o alguno de nosotros, o un ajeno mentor que nos seduzca con libro, plática o ejemplo. Y si mostramos el error que hayas mezclado a la verdad, si hacer sonar en falso una palabra tuya, si ver donde no viste, hemos de entender que sea vencerte: Maestro ¡por quien te venza, con honor, en nosotros!

“— ¡Por ése! — dijo Gorgias, y manteniendo la copa en alto (. . .) repitió — : ¡Por quien me venza, con honor, con vosotros! ”

Hasta pronto, Pastora y Ubaldo, y adelante con las próximas conquistas.



## PALABRAS DE DESPEDIDA DEL IICA, DEL ING. UBALDO GARCIA

Permítanme dirigirles solo unas pocas palabras, ya que este acto es más que todo, un homenaje a ese hombre excepcional y gran amigo que es Carlos Madrid. En su persona hacemos el reconocimiento a buena parte de la historia del IICA.

Si bien era mi primera intención hacer un análisis crítico del IICA como conclusión de mi paso por esta magnífica institución y como un modesto aporte a su futuro desarrollo, he creído que dada la naturaleza del acontecimiento que estamos viviendo hoy, deba transferirlo para una oportunidad diferente.

He tenido el privilegio de participar en una de las etapas más esenciales de la vida de una institución, en cuyo aporte al desarrollo de los países americanos creo fuertemente. Algunas de las características del IICA permiten justificar esa devoción: el IICA es un organismo comprometido vigorosamente con los problemas de pobreza y atraso de los sectores rurales más postergados de América Latina y el Caribe. Enraizado en este compromiso, el IICA ha sabido construir y afianzar una doctrina en permanente ajuste y actualización que ha permeado y hecho carne en buena parte de sus integrantes y ha trascendido a muchos ámbitos externos. Doctrina que el IICA también ha logrado encauzar en un proceso de paulatina operacionalización que se traduce en muchas acciones concretas de relevancia, pretendiendo así ser más actor que espectador o cómplice negativo de los procesos de cambio; intenta actuar más dentro de los problemas que nos presentan los gobiernos o los países que en su periferia. Su comportamiento, como órgano de cooperación técnica en favor de los productores, campesinos y

marginados rurales de los países miembros, a través de las instituciones del sector público agrario cuyos productos intenta mejorar, complican al IICA con las propias acciones de los gobiernos e inclusive intenta, con su afán innovador, marcar caminos de salida originales para los problemas candentes del desarrollo.

Además, el IICA es una Institución inigualada en el grado de libertad que concede a sus técnicos para expresar sus opiniones y en la posibilidad enorme de disentir, asegurando con ello que la verdad del IICA sea un poco la verdad de todos. El IICA aglutina en sus cuadros profesionales, una ardorosa vocación y dedicación al servicio, una multitud de nacionalidades y muy variadas y amplias experiencias que contribuyen a hacerlo fuerte ante la heterogeneidad y diversidad de problemas que presentan los países.

Todo esto hace que el IICA comience a ser reconocido por entidades financieras trascendentes como una necesaria extensión técnica de sus aportes financieros. Espero que en el futuro este creciente y promisorio proceso no altere o modifique la propia filosofía de la Institución y que, por el contrario, sirva para afianzar y proyectar nuestra posición y estrategia ante los problemas del desarrollo de los países que servimos.

Esto implica, a la vez, mayores responsabilidades para el IICA, el que debe revisar y fortalecer su capacidad gerencial, particularmente en sus niveles operativos, de modo que le permita administrar y ejecutar los proyectos de impacto, los que siempre han de apuntar a cooperar con los gobiernos en la

definición y ejecución, debidamente programada, de sus propias acciones de desarrollo.

Para impulsar aún más la acción del IICA, sería deseable detenernos en el futuro inmediato a meditar y analizar los aspectos de algunas de nuestras estrategias internas. Por ejemplo, cuál es la ventaja real y cuáles son los costos de dar un peso alto a las consideraciones políticas en las decisiones normativas del IICA? Cuál es el costo que debemos pagar por el debilitamiento de los niveles intermedios de gerencia en comparación con los beneficios que de ellos se pueden derivar?

Estos aspectos seguramente podrán ser discutidos y eventualmente revisados en un organismo que, como el IICA, está en permanente proceso de mejoramiento. Un mejoramiento que busca siempre fijar claramente una posición comprometida ante los países para contribuir más eficientemente a su desarrollo. Parte de esta posición es nuestra doctrina de trabajo a través de las instituciones nacionales. Ello posibilita al IICA la multiplicación de su acción en favor de los beneficiarios últimos, productores y campesinos, ya que el contacto directo con ellos limitaría a niveles irrisorios su impacto. Esta modalidad tampoco es claramente comprendida por otras organizaciones de cooperación técnica y financiera que asisten a los países. En cambio, en el IICA ésta debe ser una actitud irreversible y condicionante de sus planes de acción en cada país miembro. En este sentido, fortalecer las organizaciones del sector público agrario de los países implica a la vez la posibilidad de eludir trabajar con aquellas estructuras burocráticas que se han vuelto un impedimento o que son intracendentes para el desarrollo y concentrar su apoyo en aquéllas que tratan de afectar realmente los elementos claves de ese desarrollo.

Quisiera encontrar las palabras capaces de expresar mi reconocimiento a todos los compañeros que hicieron posible mi estadía en el IICA durante estos seis años. Estaba en principio muy difícil para quienes como Pastora y yo estábamos y estamos tan ligados a todo cuanto dejamos en nuestro querido país, Argentina. Sólo comprensión, ayuda, afecto, tolerancia, encontré en los amigos que comparten esta casa. Desearía nombrar a cada uno y manifestarle el lugar que ocupa y ocupará en mis sentimientos y en mis recuerdos, pero ello no es pertinente. No obstante, quisiera exteriorizar en un pequeño grupo de compañeros que circunstancialmente estuvieron muy cerca de mí, el aprecio que tengo y que siempre mantendré vivo de todos ustedes. Es así, José Emilio Araujo, Director General y amigo, muchas gracias por haberme tendido la mano en circunstancias tan aciagas para mí y los míos y por el constante apoyo que me ha prestado en mi paso por la Institución a pesar de los trastornos que hayan podido causarte mis terquedades; al fin y al cabo yo, como José Emilio, llevo en mi sangre cuantiosas generaciones de rudos gallegos; Muchas gracias, nuevamente.

A MacDonald, al amigo que me abrió las puertas y me dió un lugar en el IICA, confiando siempre, aún más que yo mismo, en mis modestas dotes de planificador, gracias. A Carlos Madrid, por su amistad y por los tantos momentos de sinceramiento que me permitieron conocer mejor el IICA y su universo, mi perpetuo reconocimiento. A Alberto Franco, que puedo decir de Alberto! de inflexible honestidad, leal a la Institución, custodio implacable de sus políticas y estrategias a las que contribuyó a crear y a perfeccionar. Siempre estuve muy cerca de él, muchas horas de tenaz labor por lograr una Institución más útil a los países, han labrado una amistad genuina y perdurable a través de todo alejamiento o contingencia, Alberto, gracias. Hugo Fernández, muchos años de edad

nos separan, pero siempre estuvimos muy próximos en cuanto a darle nuevos rumbos a este IICA a quien perfeccionamos hasta la excelsitud en nuestras reuniones cotidianas. Yo comprendía muy bien a Hugo, me sentía muy cómodo y rejuvenecido con él, creo que necesitaba su charla diaria. Mucho me beneficié de sus singulares dotes intelectuales y de su gran calidad humana. Hugo, gracias. Por último, mencionaré a Susana de Trejos que me acompañó con su simpatía y eficiencia sin par, viviendo y participando muy estrechamente y sin retaceos en todo cuanto concernía a la marcha de Planeamiento. Cuidaba de mi tiempo, de mis actos, hasta de mi salud. Fue casi una hija. Susana, cuando alguna vez pase por Azul nos encontraremos. Gracias, muchas gracias.

No quisiera dejar de mencionar con particular emoción y también como excepción, a los demás componentes del grupo de Planificación: Alfonso Castronovo, a quien por circunstancias aparentemente extrañas pero que siempre busqué, desde hace más de 30 años en muchas etapas de mi vida profesional tuve la enorme dicha de contar con su excepcional talento y su inofensivo mal humor. Héctor Morales, sangre nueva y vigorosa identificado con el IICA como pocos, y Gilberto Páez, el amigo que nunca falla y que todo lo hace excesivamente bien, y más recientemente a Oto Jacob y Fabio Villacís, que constituyeron con Alberto y Hugo un conjunto de valores singulares que no obstante sus personalidades a veces controvertidas, coincidía monolíticamente en cuanto a crear, reelaborar y fortalecer, e inclusive a casi imponer los marcos doctrinarios de la Institución.

A los compañeros que están en el frente, cara a cara con la cruda realidad de hacer efectiva la cooperación que el IICA presta a los 23 países asociados y a los a veces olvidados amigos de Washington, reciban mi gratitud por la tolerancia, por

las atenciones y demostraciones de afecto que siempre y últimamente me han prodigado, tengan todos la seguridad que en las a veces agitadas reuniones y visitas de Planeamiento, comprendíamos y valorábamos el esfuerzo que denodadamente hacían para interpretarnos y para compartir nuestros anhelos de construir una institución consubstanciada con el hombre de campo de nuestra América que idealiza el IICA.

Quisiera, y no se cómo hacerlo, expresar todo mi cariño y simpatía por Costa Rica, país que nos cobijó y bajo cuyos atributos tan particulares en la América de hoy, vivimos mi esposa y yo muy dichosos y realizados. Quizás con un apretado abrazo de despedida y de gratitud a todos los compañeros y amigos ticos del IICA y de fuera de él, sea una forma, aunque muy menguada, de manifestar nuestro agradecimiento a este pequeño gran país.

Aunque parezca impropio, no puedo impedir recordar ante ustedes a quien hizo posible con su amor, su resignación, su comprensión, su confianza, su alegría, sus nostalgias, que durante estos seis años fuera muy feliz lejos de nuestro hogar, mi esposa Pastorita.

A los hijos que estando tan lejos lo hicieron todo para estar tan cerca nuestro ayudándonos así a superar el tiempo y la distancia, gracias changuitos.

No dudo que José Silos dará renovados y frescos bríos a la acción de planificación en el IICA. Por cierto, la tarea no es fácil, pero es crucial para la marcha ascendente de la Institución ya que es en esta unidad donde se conforma su contenido técnico. Su preparación académica al más alto nivel, su experiencia tan relevante inclusive en cargos de gran responsabilidad en su país, sus notables dotes personales que hemos apre-

ciado en su breve estadía con nosotros, hacen de José Silos uno de los hombres más indicados para colaborar en lo que queda del mandato de nuestro Director General para llevar y dejar al IICA en el pedestal que todos soñamos. Mucho éxito, José, cuenta conmigo cuando ello fuera necesario. Lo mismo extendiendo estos buenos deseos a quienes se incorporarán próximamente a Planeamiento.

Como broche final diré que es frecuente enrostrar al IICA, inclusive por algunos de sus propios integrantes, que es un organismo de escasos recursos como para realizar todo cuanto pretende en sus documentos de política; para llevar a cabo cuanto exaltan sus técnicos más embuídos en su mística; cuanto dice en los foros internacionales o en las siempre fervientes palabras de su Director General. Pienso al respecto que si el IICA mercantiliza la cooperación técnica y la vende a cualquier precio, será siempre un organismo pequeño aunque

logre medios financieros cuantiosos; pero si el IICA transmite y aporta su doctrina sin duda será siempre grande aunque no cuente con tantos recursos. Se me ocurre que Walt Whitman dice esto mismo en la melodiosa alegoría de uno de sus hermosos poemas:

“Creo que una hoja de hierba no es inferior a la jornada sideral de las estrellas,  
y que la hormiga es igualmente perfecta, y un grano de arena y el huevo del abadejo  
y la zarza trepadora podría ornar los salones del cielo,  
y la más ínfima coyuntura de mi mano desafía a toda la maquinaria,  
y la vaca paciendo con la cabeza inclinada supera a todas las estatuas,  
y un ratón es un milagro suficiente para convencer a seis trillones de incrédulos”





## **PALABRAS DEL SR. ROGELIO COTO, COMO DESPEDIDA AL ING. CARLOS MADRID**

He recibido, más por viejo que por sabio, un encargo que deseo cumplir con placer y sentimiento. Me han pedido que haga el elogio de don Carlos Madrid con motivo de su retiro a la vida privada, después de más de un cuarto de siglo de fecunda asociación con el IICA y con la agricultura de las Américas. Ha llegado a la edad de su retiro cuando su experiencia y conocimiento han adquirido plenamente la dorada madurez de los frutos de la tierra.

En estas ocasiones es usual hacer una detallada descripción de las actividades profesionales del homenajeado. Sin embargo, me temo que en el caso de Don Carlos Madrid no podré hacerlo con propiedad, porque su vida acusa una intensa actividad, provechosa, variada y rica para el espíritu y para el intelecto. Por eso solo me atrevo a dar una ligera pincelada, destacando algunos hechos sobresalientes.

Se graduó como ingeniero agrónomo en 1933, en la Escuela Superior de Agronomía de Medellín, Colombia, que hoy se llama Facultad Nacional de Agronomía. En 1941 obtuvo la Maestría en la Universidad de Cornell Ithaca, Nueva York, Estados Unidos. Desde entonces, su nutrido curriculum lo liga con el estudio y con la tierra. Su especialidad en suelos lo llevó por todos los confines del hemisferio, visitando centros de enseñanza, de investigación y experimentación agrícolas.

En enero de 1945 llegó a la decanatura de la Facultad de Agronomía de Medellín, la misma que le había graduado en 1933. De allí lo sacó el IICA en 1952 para que profesara el

apostolado del servicio internacional y con otros visionarios como el Dr. Allee y don Armando Samper divulgara el nuevo evangelio de la asistencia técnica.

El 20 de febrero de 1952 fue nombrado Director de la Zona Andina del Programa de Cooperación Técnica de la OEA, que administraba el IICA, con sede en Lima, Perú. Allí comenzó su brillante carrera de funcionario internacional llevando a los llanos y serranías de los países andinos un nuevo mensaje, nacido en el crisol del Programa de Cooperación Técnica de la OEA, financiado por el Punto IV del Presidente Truman de los Estados Unidos. Este hecho providencial le permitió al IICA, hasta entonces atado a la geografía del Valle de Turrialba, saltar los montes circundantes y emprender el vuelo de las águilas, para llevar el beneficio de su ciencia y de su técnica a todos los países americanos, para mejorar su agricultura y la calidad de la vida rural.

Don Carlos llegó al IICA con señorío, tranquila y pausadamente, con la serenidad y equilibrio que son la esencia de su personalidad y que luego se convirtieron en el sello característico que marcó su tránsito por el Instituto. Participó en la primera etapa de descentralización del Instituto, creando, organizando y consolidando la Zona Andina. Como un hombre de universidad, en Lima echó el ancla en la Escuela de La Molina, que luego se transformó en la Universidad Agraria del Perú. Con su tradicional eficiencia llevó la asistencia técnica a nivel nacional y aseguró así, por primera vez, quizás tímidamente, la presencia real del IICA en los países.

Creció su prestigio de Director Regional y se ganó el agradecimiento de quienes sirvió con devoción. En octubre de 1961 la Universidad Agraria del Perú le otorgó el título de Doctor Honoris Causa y el Gobierno del mismo país le condecoró con la Orden del Mérito Agrícola, en el grado de Comendador.

En 1960 don Armando Samper llegó a la Dirección General del IICA. Con el emblema de la “Nueva Dimensión” fortaleció la descentralización del Instituto, iniciada con la ejecución del Programa de Cooperación Técnica de la OEA, que llevó a Don Carlos al IICA. Pero la descentralización representaba muchas cosas más, todas ellas de gran envergadura: una nueva estructura, una nueva organización administrativa y programática, una eficiente delegación de funciones, y un nuevo sistema de financiamiento que pagara los costos económicos del crecimiento y de la descentralización en marcha.

Para la realización de esta obra don Armando Samper constituyó un equipo y se apoyó en hombres clave; el gran capitán fue don Carlos Madrid. En 1961 fue nombrado Jefe de Asuntos Técnicos. En 1964 pasó a ser Director de Operaciones. Finalmente desde ese mismo año 1964 y hasta el presente, pasó a ser Subdirector General del Instituto. En esa condición se incorporó al equipo del Dr. Araujo, que llegó a la Dirección General en 1970 y con la bandera de una “Proyección Hemisférica y Humanista” llevó la descentralización a su última frontera, abriendo oficinas en los países americanos, miembros de la institución, y rescató al hombre rural colocándolo como punto convergente de todos nuestros propósitos y desvelos.

Violando la ley universal que establece que nadie es profeta en su tierra, los colombianos reconocieron la obra de don Carlos y le concedieron honores. En noviembre de 1952, sus

colegas le honraron con la Medalla e Insignia de la Asociación Colombiana de Ingenieros Agrónomos. En agosto de 1970 el Gobierno le condecoró con la Orden del Mérito Agrícola “Rafael Uribe Uribe”, en el grado de Comendador. Posteriormente en 1976 le condecoró de nuevo con la misma Orden, en el grado de Gran Oficial, por haber contribuido al establecimiento de la carrera forestal en su país.

En esta luminosa vida internacional, don Carlos Madrid también ocupó el sitio más elevado en la jerarquía del IICA. Por nombramiento de la Junta Directiva, ocupó la posición de Director General de agosto de 1966 a julio de 1967 y de noviembre de 1969 a enero de 1970.

Finalmente, para completar los merecidos honores que reclama su obra, la Junta Directiva en su Decimoséptima Reunión Anual, celebrada en el Paraguay, en mayo recién pasado, acordó otorgarle “un Pergamino de Reconocimiento por su trascendente labor en pro del desarrollo agrícola y rural de América Latina y el Caribe, que ha desarrollado con dedicación, acierto y eficiencia”. También acordó darle un caluroso apoyo a la propuesta que el Director General, Dr. Araujo, formuló a la Junta Directiva en Washington, para que se le otorgue el título de Director Emérito. Esperamos que se le conceda este merecido galardón.

En esta brillante y larga jornada, doña Paulina fue la gran compañera de don Carlos. Siempre, donde un hombre se destaca por sus méritos, a su lado aparece confundida en los pliegues de la fama, la figura señera de la esposa. Nuestro respeto y consideración para ella.

Don Carlos vivió por más de un cuarto de siglo en el IICA, como llegó a él: con señorío, tranquila y pausadamente,

con serenidad y equilibrio. Siempre con el rumbo marcado en la rosa de los vientos; con un mismo nivel de eficiencia; con el mismo rigor moral; con una gran congruencia en las ideas; sin importar la luz del día o la oscuridad de la noche. Siempre me pareció que actuaba, para usar una figura, como el centro de gravedad bajo la línea de flotación de un airoso bergantín navegando en mares procelosos. No importaba que en el cielo los vientos encontrados agitaran el velamen; tampoco que en lo profundo las corrientes azotaran el casco. Siempre firme

el timón y la nave estable, con la proa puesta hacia el destino en el puerto de los sueños.

Y en la misma forma se va don Carlos. Con señorío, tranquila y pausadamente, con la serenidad y equilibrio que son inherentes a su personalidad. Ya el sol está dorando las espigas. Pronto van a parir. Se acerca una abundante cosecha. En la cornucopia rebosante de frutos y de flores don Carlos encontrará la inmensa gratitud del hombre americano y nuestro aprecio, nuestra admiración y nuestro respeto.



## PALABRAS DE DESPEDIDA DEL IICA, DEL ING. CARLOS MADRID

La emoción profunda que este momento produce en mi ánimo, no me permite encontrar las palabras apropiadas para expresarles mi agradecimiento en la justa medida de la gratitud que experimento ante esta cordial y significativa demostración de amistad y compañerismo.

Quiero dar las gracias más efusivas, en primer lugar, a todos ustedes, compañeros y amigos, por la amistad que me brindaron y el apoyo y la ayuda con que me han favorecido durante los años que compartimos satisfacciones y preocupaciones. Al recibir hoy, este homenaje tan lleno de cordialidad y afecto, sólo puedo decirles —con el calor de la sinceridad más pura que he pretendido poner siempre en todos los actos de mi vida— que aún sintiendo que no soy totalmente acreedor a él, porque la obra que yo he podido realizar en todos estos años, no ha sido sólo mía, lo agradezco fervorosamente y no puedo ocultar que me llena de la más íntima satisfacción personal.

Las frases generosas de mi amigo y compañero de muchos años, Rogelio Coto, que aprecio y agradezco en todo lo que valen y las demás manifestaciones de ustedes hacia mí, por un lado, me hacen sentir que continuo formando parte activa y actuante de la obra importantísima que en el campo del desarrollo rural de esencia humanista seguirán ustedes realizando, orientados y dirigidos por el Director General, doctor Araujo; por otro lado, me ligan más hondamente aún de cuanto lo he estado siempre a ésta que (con expresión ya proverbial en el ámbito de las relaciones humanas e institucionales internas) se llama, significativamente, “la familia del IICA”.

Usted, doctor Araujo, obliga mi gratitud por la confianza que depositó en mí durante el período que tuve la suerte de acompañarlo, cooperando modestamente en la obra que con tanto acierto dirige. Las cordiales y generosas palabras con que me ha favorecido al referirse a mi persona y a mi labor de 26 años y medio en el IICA, son más la expresión de la bondad humana que lo distingue y lo adorna, que de los merecimientos de quien apenas tiene el mérito de haberse esforzado por ser útil.

Es con una tristeza profunda que me separo del IICA, de esta Institución que tanto he llegado a querer, y con la cual he estado y estaré siempre, totalmente identificado en sus propósitos y objetivos de servicio.

En los 26 años y medio que he pasado en ella, me ha tocado en suerte vivir y participar de su evolución institucional, tanto en su proyección física, que hoy la hace presente en todos los países del Continente Americano, como en su orientación técnica, que es el resultado de un conocimiento cada vez más cercano de la realidad y de los problemas y necesidades del sector agropecuario de esos mismos países, particularmente, de los de América Latina y el Caribe.

Esos largos años que he pasado en el IICA, en estrecha convivencia con su historia y con su gente, han sido para mí —en lo personal— decisivos y normativos incluso de mi propia vida. Puedo decir, con entera certeza en este momento, que aquí, en el IICA forjé, en gran parte, mi carrera profesional de íntima comunión con la tierra; que participando y estudiando

sus problemas para la concepción de sus programas de desarrollo, adquirí muy valiosas experiencias, fé en las ideas y tolerancia en el trato humano. Aprendí todo cuanto el IICA representa en la geografía física y humana de nuestro Continente; y cuánto significa su esfuerzo de más de treinta y cinco años para contribuir a alcanzar mejores niveles de desarrollo para nuestros pueblos y, fundamentalmente, para la población rural, tan dejada de la mano del hombre hasta muy recientemente. Aquí, en contacto diario con su personal, cuyo sentido de responsabilidad y de lealtad unido a su extraordinario espíritu fraternal y generoso de la vida, no sólo ganaron para siempre la plenitud de mis sentimientos, sino que me ayudaron también a encontrarle rumbos decisivos a mis acciones en el desempeño de mis funciones.

Cómo no querer a esta Institución que nos ha dado tales oportunidades y cómo no sentir inmensa tristeza al alejarse de ella. . . ?

Pero es preciso pensar, a la vez, ante la realidad de lo transitorio de la existencia humana, que en relación con la vida de las instituciones, sobre todo cuando éstas se encuentran consagradas a dignificar al ser humano y a velar por su bienestar, los hombres no somos sino meros accidentes sometidos a los vaivenes, por lo demás naturales, que nos trae el destino, en tanto que ellas son lo sustantivo y perdurable. Lo cual quiere decir, desde el punto de vista de la condición humana, que lo único importante de nuestra presencia en ellas, es lo que hayamos hecho por su bien y por su eficacia, en lo temporal de nuestra responsabilidad a su servicio.

Cuando en un momento como el presente, hago memoria de mis años pasados en el IICA y de mis experiencias en él, no puedo ni debo dejar de hacer mención, con reconocimiento

y gratitud también, a la presencia en su Dirección de personalidades tan decisivas en la evolución y consolidación estructural de este Organismo, como el doctor Ralph H. Allee, el ingeniero Armando Samper y el doctor José Emilio G. Araujo, cuyo paso por el IICA está plasmado firmemente en lo que esta Institución representa actualmente, en función del desarrollo al servicio del progreso técnico-agrícola y del mejoramiento de los niveles de vida en el sector rural.

El doctor Allee, dió al IICA su fisonomía primigenia de institución de desarrollo económico y social, mediante la utilización fundamental de la educación y la investigación agrícola en sus programas. Armando Samper lo tomó de las manos de aquél en un momento ya histórico, en 1960; lo reestructuró vigorosamente y lo proyectó al Continente Americano. El doctor Araujo, a partir de 1970, no sólo lo ha ampliado y fortalecido en su presencia física en América y en su acción técnica en nuevos campos de desarrollo, sino que le ha impreso la categoría que ostenta actualmente como institución de desarrollo rural única en su esfera de servicios. Porque ha sabido asociar en sus programas lo técnico y administrativo con lo social y doctrinario, todo ello en función del desarrollo rural humanista, que caracteriza su acción en todos y en cada uno de los países miembros de su organización hemisférica.

Al llegar el momento de tener que separarme de mis funciones en la Subdirección General del IICA, por casual coincidencia al tiempo con un colega de los merecimientos y cualidades excepcionales de Ubaldo García, quiero manifestar mi reconocimiento y gratitud a estos tres hombres, excelentes conductores de una institución de la responsabilidad de ésta, por la oportunidad que me brindaron de trabajar a su lado.

Debo agradecer también, no menos especialmente, la colaboración que recibí de todo el personal, lo mismo técnico que administrativo y de servicios generales, que me acompañó en mis tareas con eficiencia, lealtad y abnegación encomiables. A todos ellos, los aún presentes y los que se separaron en busca de otros horizontes, una vez más, muchas gracias por su permanente apoyo. Un recuerdo especial conservo y conservaré siempre de quienes murieron al servicio de la Institución, aportando su contribución entusiasta hasta el final de sus valiosas existencias.

Es ya del conocimiento de ustedes que en mi reemplazo vendrá a la Subdirección General el ingeniero Manuel Rodríguez, a quien le auguro el mayor éxito en el desempeño de sus funciones, ya que durante el largo tiempo que lleva vinculado al IICA ha desempeñado su cargo de Director de la Zona Sur con extraordinaria diligencia, habilidad, consagración y lealtad. Estoy seguro de que él contará con el pleno respaldo de ustedes en el cumplimiento de sus funciones. Me voy confiado de que mi sucesor hallará en el nuevo cargo, la misma satisfacción que yo hallé.

Quiero agradecer también, en este momento, los conceptos que contiene la resolución de reconocimiento a mis labores que ha tenido a bien emitir la Junta Directiva del IICA en su reciente reunión en Asunción, Paraguay. Me ha llenado de honda complacencia esta resolución, cuyo texto posiblemente ya muchos de ustedes conocen, no porque venga a satisfacer ninguna vanidad personal, sino porque tiene la significación de un apoyo adicional al que siempre he tenido, de parte de los gobiernos de los países miembros del IICA, en el

desempeño de sus funciones en este Organismo. Y sobre todo, ahora, porque me permite seguir vinculado a la Institución en lo que reside mi mayor complacencia, porque viene a atender el sentimiento de pena que me produce el alejarme de ella.

Conforta mi ánimo, por otra parte, el hecho de que al retirarme no estaré lejos del IICA, porque aparte de seguir vinculado a través de la instancia que mucho me honra del señor Director General, para que se me declare Director Emérito, mi esposa Paulina y yo hemos tomado la decisión de continuar en Costa Rica, acogidos al justo descanso al que tenemos derecho después de los años de lucha, y amparados a la sombra bienhechora de la paz que felizmente disfruta este país generoso y hospitalario.

No es fácil marcharse de un país donde uno ha vivido tanto tiempo rodeado de sinceros afectos y dedicado a una labor de servicio público internacional que ha sido quizás dura, pero ciertamente fascinante para mí.

Me ha correspondido el turno de acogerme a la quietud del retiro para administrar el tiempo que me resta de vida y declaro, de viva voz, que me voy triste, muy triste, y que mi espíritu se quedará rondando en este edificio sede, de austera y bucólica apariencia. Al abandonarlo, quiero reiterarles mi eterno agradecimiento a todos ustedes, mis compañeros y amigos de ahora y de siempre. Los llevaré en el corazón, y en el abrazo fraterno de despedida, palpitará ese sentimiento que, más allá de las palabras, hermana a los hombres en lo permanente y definitivo.





EDITORIAL IICA —